

SER MUJER EN LA VIDA CONTEMPLATIVA¹

Tal vez lo que diga no responda al título anunciado.

No me propongo ciertamente hacer una especie de psicología diferencial: la mentalidad femenina y la mentalidad masculina frente a la vida contemplativa. Ello sería tomar la cuestión por su aspecto más exterior y más superficial. Para hablar de los problemas de la mujer (y creo que los hay y numerosos) no creo que sea menester abordar inmediatamente *lo que es* la mujer y sus diferencias con *lo que es* un hombre. Creo que es menester ahondar mucho más. Ante todo hay que preguntarse -y eso es por donde yo querría comenzar-: “¿Quién es la mujer?”. Lo cual no es exactamente la misma cosa.

Dicho de otra manera, hay que sobrepasar el plano de la descripción que se puede hacer desde afuera, colocándose ante ese objeto que es la mujer, y que se observa, se analiza con mucha exactitud, a veces, y con mucha inexactitud, otra; remontarse a la fuente. Hay que hacer un análisis mucho más profundo. Antes de saber *quién* es la mujer, *quién* es una mujer, y *quién* puede ser ella en una forma de vida como la contemplativa, creo que hay que referirse al hombre en el sentido de *HOMO*, en el sentido del ser humano. Pues, una mujer no es otra cosa que un ser humano: el hombre y la mujer, cada uno y ambos conjuntamente son el hombre, el ser humano. La historia de este ser humano es idéntica. Y si nos colocamos en la perspectiva cristiana, la historia del pecado y de la salvación es la misma, el designio de Dios sobre el hombre es el mismo: se trata del hombre, no en el sentido del hombre por oposición a la mujer, sino del hombre en su totalidad, es decir “hombre-mujer” uno en este plano. Considerado en este sentido, el hombre tiene con Dios una relación profunda; ya se trate de un hombre o de una mujer, esa relación es igualmente profunda y los problemas son los mismos.

Por lo pronto los problemas tradicionalmente llamados problemas de la vida espiritual son idénticos. No hay lecturas espirituales para mujeres y lecturas espirituales para varones -al menos, así lo espero! Si en ciertos aspectos puede haber matices -tal vez psicológicos- y aún no siempre, sin embargo el fondo del problema es el mismo, idéntico el desarrollo de la vida espiritual, con todos los matices que ello supone. El punto de partida y el de llegada son los mismos. El designio de Dios es el mismo.

Pienso que lo mismo vale para la vida contemplativa. La esencia de la vida contemplativa es la misma para hombres y mujeres. Por consiguiente, si existen problemas femeninos frente a la vida contemplativa, esos problemas -a mi entender- son problemas de superficie, aun cuando sean de importancia. Vale decir que lo esencial no, reside ahí; y me temo que no se los pueda resolver si se lo quiere hacer a su nivel inmediato. Esto es lo que querría explicar más detalladamente. Es mi hipótesis de trabajo y la propongo al comenzar.

Dicho de otra manera, habría que colocarse siempre sobre el plano del ser humano para resolverlos problemas de las diversificaciones de ese ser humano, de las modalidades, de las modulaciones de ese ser humano, hombre y mujer, y todas las otras modulaciones posibles. En ese punto se establece la relación esencial con Dios. En ese punto puede leerse el designio divino sobre el hombre.

¹ Conferencia dada el 4 de junio de 1969 en la Reunión de Contemplativas de Francia en La Saulsaie-Monthuel del 2 al 8 de junio de 1969. Condensado y traducido por: Sor Paula Debussy, osb, de la Abadía de Santa Escolástica, Buenos Aires. Mme. Pellé-Douël es profesora de filosofía. Actualmente ejerce en Nanterre. Ha enseñado en la

¿Qué es el hombre?

Esencialmente, creo que podemos volver a esa idea muy rica, muy profunda, de que el hombre es la imagen de Dios. La encontramos en el *Génesis* y luego ha sido utilizada por muchos autores, teólogos, hombres espirituales, entre otros por san Bernardo.

El hombre es *imago Dei*. Pero, esta imagen de Dios está borrosa, diríamos borroneada. Es lo que san Bernardo llama la “disimilitud”. El hombre *es, su ser es* la imagen de Dios, pero este ser puede estar manchado o rodeado de brumas, -se pueden emplear varias imágenes. Ya no se parece completamente a Dios. Su ser es semejante a Dios, pero su ser psicológico, moral, etc. aparece desleído como una fotografía borrada. Conserva, sin, embargo, la posibilidad de restaurar esta semejanza. La vida misma ¿no es acaso un intento por restaurar la integridad de esa imagen y por alcanzar su perfección cumplida?

Hay que ser semejante a Dios, pero no con un parecido exterior como cuando uno imita a otro o se disfraza. Se trata de un parecido en el plano más profundo del ser. El intento de una vida humana es pues volver a la integridad de la imagen de Dios. Y sabemos que la imagen perfecta de Dios es Cristo. Por consiguiente, hay una asimilación: una identificación con Cristo, y no sobre el plano de la anécdota sino sobre el más profundo del ser de Cristo.

Existe en esto todo un encaminarse, una especie de dialéctica, como dicen los filósofos. Dialéctica porque hay idas y venidas, contradicciones, tensiones; vivimos en este estado de tensiones y de descuartizamiento continuo. Hay una especie de esfuerzo. Lo que se llama “la ascesis”, que no es solamente una serie de gestos exteriores sino una suerte de remodelaje del ser en sus profundidades.

Así pues, ¿en que es el hombre imagen de Dios? ¿Y cuál es la integridad que él debe restaurar? No podemos hacer un análisis filosófico o teológico muy largo, pero pienso que se puede decir que el hombre es imagen de Dios porque es *libertad*. Y esa libertad es lo que lo constituye en su ser, y podría agregar, en su ser frente a Dios: la libertad que se inserta y se enraíza en, y se sirve de la inteligencia y de la voluntad y que, por consiguiente, entraña la responsabilidad. El hombre es un ser adulto y mayor en la medida en que es libre, inteligente y responsable de sí mismo. *Responsable*: es decir, que el hombre *responde*. Y ¿a quién responde? *Responde a Dios*. Responde a la invitación de Dios, al amor de Dios. Pero responde a ellos libremente. Es ese el designio de Dios, que crea al hombre libre al precio de un riesgo enorme, formidable -que ha sido corrido y mal corrido- el riesgo, precisamente, de que el hombre se aparte de Dios y le diga *NO*. Eso es lo que ha ocurrido efectivamente y lo que nos ocurre a diario a cada uno de nosotros. Pero Dios ha creado al hombre como SER MAYOR; arriesgándose a que hubiese un ser libre frente a él; y sólo a este precio, por otra parte, el amor del hombre vale para Dios. La noción de amor existe sólo en el plano de la libertad: no hay amor servil.

Por lo tanto, lo que aquí está en juego es formidable y está en nuestras manos. De ahí el temor y temblor que nos pueden acometer cuando pensamos que somos alguien que está de pie frente a Dios -como decía Peguy- alguien a quien Dios habla y que responde a Dios, y que cuando se da a Dios, se da en la libertad, en la totalidad, en la integridad de su ser. El don de Dios al hombre es el don de la libertad y por lo tanto de la responsabilidad.

Para ser hombre -y eso es lo que constituye, pienso, el carácter de lo humano- es necesario ser hombre en plenitud a imagen de Dios, es decir a imagen de esa libertad suprema de la que no tenemos sino una idea extremadamente lejana y simbólica, pero que experimentamos en lo profundo de nuestro ser, al menos en tanto que somos libres. Nos es necesario, pues, *ser* en la plenitud de nuestra libertad y también ser reconocidos en nuestra libertad. Dios nos reconoce como seres libres, Dios no nos fuerza. Pero es menester que también los hombres entre ellos se reconozcan mutuamente en esta plenitud de su libertad. Sobre esto se funda la dignidad humana, el respeto que debemos a cada ser humano, por destituido que parezca, por poco libre que

aparentemente sea. Y esto vale para todos los seres humanos, hombres y mujeres. La única relación humana aceptable, y que responde al designio de Dios es esa relación de respeto recíproco, relación de fondo, del nudo del ser -por otra parte perfectamente misterioso- que es nuestra libertad, imagen de la libertad de Dios.

Se trata de un diálogo extremadamente profundo, del cual tenemos una experiencia fundamental, aunque las palabras sean capaces de sólo un balbuceo. Lo que más dolorosamente nos lastima son las lesiones a esa libertad profunda, tanto que en el punto en que estamos de esta civilización brotada del cristianismo, poco a poco se reconoce que la dignidad del hombre es eso: el reconocimiento de su libertad con todo lo que ella implica; pues no es cuestión sólo de reconocer la noción de libertad sino de garantizar el ejercicio de esa libertad. De donde los progresos de la conciencia que aparecen, por ejemplo, en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de la ONU; precisamente esos principios, que son principios que nosotros podemos ratificar con tanta mayor razón cuanto que ellos provienen de la revelación cristiana después de una larga historia, son los nuestros; es decir, son el reconocimiento de esa *dignidad* de la persona humana, de su *ser*, de su ser fundado en la libertad de su ser *libre*, único que puede dar valor a toda especie de relación y particularmente a la relación con Dios. *Dios* nos *respet*a, y, a imagen de Dios, debemos respetarnos a nosotros mismos y al prójimo.

Por supuesto, esto va mucho más lejos si nos colocamos en la perspectiva de la Revelación. Dios es no solamente aquél, que nos *da* esta libertad, sino, al mismo tiempo, aquél que *realiza* esa libertad en el amor. Todos los hombres están fundados en ese amor y son llamados a ese amor. Y en este plano, todos son iguales. Encontrarán textos en San Pablo sobre este punto. “Ya no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer” (*Ga* 3,28). Todos somos los hijos de Dios, todos hemos sido rescatados por Cristo. En todos nosotros sopla el Espíritu. En cada uno de nosotros está, presente sin límites el Espíritu.

En toda meditación sobre lo que es un ser humano, aun cuando se lo especifique en uno u otro sexo, es menester remontarse hasta ahí para colocarse en la perspectiva que va a fundamentar todo el resto.

Me parece fundamental insistir aquí sobre el aspecto de la persona humana que es libre y constituida en su libertad, en lo más profundo de sí misma, en su *persona*, la más secreta y de la que tiene que dar cuenta en última instancia solamente a Dios. Hay una unicidad de cada persona. Cada persona es *profundamente original*, y jamás puede ser identificada con otra.

Las personas no pueden estar en su unicidad si no están en relación. Todas estas consideraciones *condenan radicalmente* todo corte, separación, odio, destrucción del otro, voluntad de la muerte de otro -y se puede querer la muerte del otro de mil y una maneras- pasamos nuestra vida queriéndola! También condenan toda explotación del hombre por el hombre, en todos los niveles, toda falta de respeto al otro, toda actitud que trate al hombre como medio, como una cosa, ya sea de manera brutal -la famosa relación del señor y del esclavo- ya sea de un modo mucho más disimulado. Existen formas de dominio que reconocemos en nosotros y que se ornar con todos los encantos de la seducción y de la persuasión: nos es menester estar siempre alertas para descubrirlas.

Esto condena, pues, toda explotación del hombre por el hombre, y toda reducción de un ser humano a aquello que es, no como persona humana, sino a un nivel mucho más superficial, por ejemplo, su educación, su clase social, su raza, su religión, su sexo. Y ahora, vamos a desembocar en nuestro tema que es el tema, “De las mujeres”.

PARA SER *PLENAMENTE MUJER*, hay que ser *PLENAMENTE SER HUMANO*, un ser humano libre, responsable. Vale decir que no se puede identificar a ninguna mujer con una naturaleza que sería un destino: “Las mujeres son así... Están hechas así... No tienen más remedio que... etc., etc... Están hechas PARA...”. Esto se oye muy frecuentemente: “Las

mujeres están hechas *PARA*... para servir... para ser madres... para obedecer... para ser suaves... para esto, para aquello... No están hechas para los estudios intelectuales... No están hechas para mandar... No están hechas para las matemáticas... Cosas que se oyen todos los días.

Esto me parece muy grave, pues es reducir el ser de las mujeres a una especie de definición exterior fundada en una naturaleza. Ahora bien, precisamente, porque tenemos una naturaleza humana, somos capaces de ir más allá de nuestra naturaleza. Un animal tiene una naturaleza, y ahí se queda, a menos que el hombre intervenga amaestrándolo, pero bien sabemos que es artificial. Mientras que el hombre es el ser que puede sin cesar modelar y volver a modelar su naturaleza y sobrepasarla, y servirse de ella para fines que no son ya fines naturales sino que los sobrepasan.

Y esto vale también para la mujer. De suerte que prescribir para las mujeres ciertas limitaciones en función, de lo que es su naturaleza fisiológica, biológica o psicológica, es precisamente ejercer contra ellas esa especie de discriminación de que acabo de hablar: es reducirlas a ser menos que personas, menos que libertades. Si bien es verdad que estamos inscritos en una naturaleza, si de hecho se nos asignan ciertas tareas que son específicas, por ejemplo debo decirlo francamente, a riesgo tal vez de chocar, cuanto más reflexiono sobre el asunto tanto más me parece que la única tarea verdaderamente específica de la mujer que se le pueda reconocer como tal, es la tarea de la maternidad. Pero, me apresuro a decirlo, eso no es lo que la define. Para ella, es una tarea, un papel, una función (veremos enseguida todas estas palabras), pero no es su esencia. Su esencia está más allá. Lo cual quiere decir que no se debe derivar todo en la mujer de esta función maternal, que ella puede o no cumplir -pues jamás se ha de olvidar que hay muchas mujeres que no son madres, o por la fuerza de las cosas, o porque han decidido no serlo, o que simplemente han terminado por resignarse a no serlo.

Sin embargo, se acostumbra definir siempre a la mujer partiendo de su maternidad, real o posible. Me parece una deformación muy grave: es lo mismo que definir al hombre por su paternidad, real o posible. ¡La idea resulta cómica! ... para el hombre... ¿por qué no para la mujer? He ahí algo para repensar.

No se puede definir al hombre “homo”, -ser humano- únicamente por su paternidad o su maternidad. El hombre se define de modo muy diferente. Hay en ello una especie de transposición de un plano a otro, que puede ser perjudicial, que puede detener -me parece- en la mujer cierto desarrollo? cierta profundización. Lejos de mí la idea de despreciar la maternidad, la maternidad es, en realidad, una experiencia extraordinaria, una tarea pesada y temible. Pero me apresuro a decirles, por experiencia propia y por habérselo oído a muchas mujeres, que la mujer no se reduce a eso, y que ella no quiere resumirse en eso... Es una tarea, no una definición del ser o de la esencia.

Les estoy hablando con conocimiento de causa, porque es el problema que se nos plantea a nosotras, madres según la carne: nuestros hijos quieren por poco tiempo nuestra maternidad. Entonces, hay que renunciar y dejar de ser madres, o serlo de otra manera, en otro plano, pasar a la relación de adulto a adulto. Se nos plantea, pues a nosotras las mujeres el mismo problema, seamos madres según la carne o no. No es eso lo primero. Al fin no es eso lo que debemos ser.

Si queremos pensar rectamente, con bases sólidas, debemos precisar esas distinciones que he esbozado ya entre la noción de vocación *fundamental*, la noción de “las *vocaciones*”, la noción de rol y la noción de *función*.

Voy a analizar estos términos.

a) *La vocación*. La vocación se sitúa al nivel de lo que los filósofos, en su lenguaje, llaman el “yo”, es decir la subjetividad. Lo que hace que *yo* sea *yo*, esa persona única, original, irremplazable, que es cada uno de nosotros, y que, en sus profundidades, es incomunicable,

salvo a Dios. Pues Dios está en el corazón del YO. (Conocéis la palabra de Claudel: “Alguien que en mí es más yo que yo mismo”). Eso se vive, pero de un modo inexpresable. Y, sin embargo, es el nudo de nuestro ser. Pero ese nudo es incommunicable.

No me detendré sobre esta vocación esencial, porque ya hemos hablado de ella: es la vocación esencial de todo hombre, de la persona, la relación a Dios, en tanto imagen de Dios. Esta vocación fundamental que tenemos es la vocación a la más total realización y a fin más allá, puesto que estamos llamados a entrar en la vida misma de Dios, en la vida trinitaria. La vocación más personal, que nos constituye como persona, el llamado fundamental y único. En el Apocalipsis hay una palabra que me llama mucho la atención, a cada uno le será entregada una piedrecita blanca sobre la cual estará escrito un nombre que le será comunicado a él solo. Se trata de un símbolo, pero simboliza esa especie de unicidad en la relación que nos une a Dios -lo que nos constituye en nuestro ser, esa relación a Dios única, total, absoluta, radical. Y al mismo tiempo, esa vocación es comunitaria, recíproca. “Todos vosotros sois uno en Cristo” (Ga 3,28). Nuestra verdad pasa también a través del otro, es absolutamente indisoluble. Ustedes, además, viven en comunidad y vuestra comunidad es un pequeño fragmento de la comunidad de la Iglesia y de la comunidad de los hombres. En todo eso hay una circulación que debe existir y de la cual debemos tomar conciencia.

b) En un segundo plano llegamos a *las vocaciones*. Y si en el primer plano he colocado las modalidades fundamentales de la vocación, lo hice ex profeso, porque es *nuestra* manera, nuestro llamado personal, profundamente personal de vivir dicha relación.

Aquí entran en juego toda clase de determinaciones. Por ejemplo la del sexo. Entonces, por el hecho de ser hombre o mujer, seremos más aptos para una cosa o para otra, para tal o cual experiencia, entre otras, la maternidad.

Es a este nivel que colocaría yo la maternidad: para la mujer puede ser una vocación, una de “sus” vocaciones. Pero cada una de nosotras tiene muchas vocaciones. Tenemos múltiples vocaciones que no se excluyen necesariamente entre sí. Puedo tener vocación para las matemáticas y al mismo tiempo para arengar a las multitudes. ¡Qué se yo! Infinita diversidad en la multiplicidad de los talentos y diversificada en el tiempo. Puede ser que en un momento de mi vida tenga una vocación y en otro momento, otra. Es posible. Hay vocaciones que se pierden, que aparecen y desaparecen. Son vocaciones ligadas a la diversidad de culturas y civilizaciones: lo que me parece muy importante.

Estamos ligados a vocaciones que son vocaciones colectivas. Por ejemplo: se dirá que los franceses tienen una especie de vocación a la ironía o que los de Extremo-Oriente tienen una vocación innata a la contemplación, a la meditación, etc.!

El *status* de las sociedades: no serán las mismas las vocaciones en el siglo XX que si hubiéramos nacido en el siglo XII. Y habría que tomar también, en cuenta el azar que desempeña un gran papel en nuestra existencia, los acontecimientos, las circunstancias, las coyunturas históricas, políticas, sociales, económicas, etc.

Así, pues, *LAS* vocaciones se desarrollan en el plano del YO, de la personalidad, de lo que puedo hacer, de mis aptitudes, de mis talentos. Entonces es necesario detectarlas, desarrollarlas, para que el YO pueda desarrollarse libremente. Son una expresión de nuestras libertades. Es muy importante para nuestro equilibrio, conocer, detectar en nosotros esas vocaciones, y determinar cuáles nos son indispensables, cuáles son más facultativas, cuáles pueden traernos el equilibrio o cuáles deben ser cultivadas para los otros.

c) En un tercer plano encontramos los diversos roles. En los dos primeros planos hay una relación a la persona, a la personalidad. A veces se embrollan un poco estas nociones. Los cometidos se situarían al nivel de la relación, sea del “YO-TÚ”, “MÍO-TUYO”, sea del “YO-

NOS-OTROS”, es decir la relación de la persona es con la colectividad o los grupos. Es el plano de la relación interpersonal o colectiva. Puesto que vivimos en sociedad todos tenemos un papel que cumplir.

Estos papeles son múltiples y variables. Pero son fundamentales. Y los tenemos unos para con los otros. Hasta cierto punto, están ligados a las vocaciones. Aunque puede ser que no lo estén hasta se nos puede llevar a desempeñar cometidos para los que no hemos sido hechos -y no es tan raro. Pero si se insertan, hasta cierto punto, en nuestras vocaciones fundamentales, y si son necesarios, debemos cumplirlos, quieras que no, rogando al Señor que no nos permita hacer muchas planchas.

d) En un nivel aun más inferior están las funciones. Son servicios ligados a necesidades, a tareas, que brotan de nuestra vida de relación. La función está ligada al funcionamiento de una sociedad, cualquiera que sea, que necesita ciertos trabajos. Por supuesto que uno no debe identificarse con sus funciones. Hay personas que mueren si se las priva de su función, y esto es un error muy enojoso. No me voy a definir por mi función de cocinera, por ejemplo. Es muy útil cocinar, sin duda, pero no me voy a identificar totalmente con ello: evidente, es cuestión de sentido común. Pero a veces no es lo más común el sentido común.

Puede haber confusión entre todos estos planos, y eso es lo que ocurre con mucha frecuencia en lo que concierne a las mujeres: se les da como vocación profunda, como su *ser* más hondo lo que para ella no es más que función. Lo cual no significa que haya que tratar cometidos y funciones a la ligera, sino darles la importancia que tienen. Uno se ha identificado por demás a un papel o a una función, y se ve súbitamente privado de ella o esa función es contestada, lo que nos ha ocurrido en la Universidad, por ejemplo. La función, ¿ya no anda? Bueno, pasemos a otra o modifiquémosla. Hay que tomar esas cosas con elegancia, pues al fin eso facilita muchos renunciamientos que son en realidad falsos renunciamientos, aunque verdaderos en cuanto que son vividos como tales.

En el momento de la muerte ¿que quedará de nuestros diferentes roles y funciones? Precisamente, quedará lo esencial. Creo que es menester vivir desde ahora en ese plano. Y eso no es cómodo, porque desde el punto de vista de nuestra psicología hay un montón de cosas que necesitamos. Hay que reconocerlo y no creerse ya como un ángel del cielo. Sería muy peligroso.

Así pues, esas formas que toma nuestro ser, son siempre variables, y por lo tanto siempre revocables. Y si se nos quiere fijar en ellas como se fija una mariposa con un alfiler, se nos aliena. Ustedes conocen esta palabra, que es una favorita de nuestro vocabulario actual: “la alineación”. Eso quiere decir que nos tornamos extraños a nosotros mismos. Nos roban lo que somos en lo profundo. Es una frustración. No nos queremos identificar con nuestros roles. Los sobrepasamos siempre. Y, sin embargo, tenemos necesidad de identificarnos con algunos de orden psicológico.

El sujeto, en tanto que sujeto, no se identifica al fin más que a sí mismo, o sea a la relación a Dios que lo constituye. Es una zona inefable, invariable. Y es una zona que es fuente de SENTIDO para todo lo demás. Saben que la gran cuestión que se plantea a los filósofos de hoy es la cuestión del “SENTIDO”. Es muy complicado. Hemos perdido “el sentido”, el significado, a la vez la significación y la dirección, la orientación de nuestro ser. Y nos interrogamos sobre el sentido. Y es una pregunta útil: ¿Por qué somos? “¿Qué “sentido” tiene todo eso? ¿Tiene sentido eso? ¿Estamos en el absurdo?...”. Pues bien, precisamente el sentido nace en esa zona profundísima donde encontramos a Dios como lo inefable.

Si acepto cumplir tal función y si estimo que esa función no es absurda -aunque lo fuera (hay tareas verdaderamente tontas, necesarias y tontas)- puedo darle un sentido a condición de que la relacione a un sentido fundamental. Pero, si no tengo ese sentido fundamental, entonces, estoy perdida, estoy alienada en mi tarea, en mi función. Y ese es efectivamente el caso de muchas

mujeres que se sienten completamente alienadas en esas famosas “tareas de repetición y, de inmanencia” de que habla Simone de Beauvoir, que son las tareas domésticas: ese barrer sempiterno... la cocina: se come todo enseguida, luego lavar los platos, las cacerolas... ¡para volver a empezar dos horas después! Es espantoso lo tiene sentido. Es indispensable y espantoso. En sí mismo no tiene sentido, salvo tal vez el que uno le ponga. Por ejemplo de autodisciplina, de servicio del prójimo, de lucha por el orden, por la belleza. Hay una cierta satisfacción femenina de orden estético ante una habitación llena de luz, adornada, bien ordenada; ante una pila de ropa bien planchada, una satisfacción no tanto de orden moral sino de orden estético.

Así se puede encontrar ciertos sentidos a las cosas, pero que pueden desaparecer si el sentido profundo del ser ha desaparecido. Si uno no está en paz en lo profundo de sí misma, se siente contestado, alienado en todo su ser, por estas tareas. Si el ser no ha encontrado dónde anclar en su carácter de inalienable, entonces se está alienado.

Se habla mucho de la “MAYORÍA DE EDAD” de la mujer, pero creo que las mujeres no son ni serán mayores más que en la medida en que hayan tomado conciencia bien profunda de su calidad fundamental de ser humano total. Su ser femenino es muy importante, pero no es lo primero. Lo primero es su ser humano. Y por él pueden comunicarse, dialogar con los hombres, seres masculinos, y encontrarse con ellos, a través de todas las modalidades.

En la hora actual las reivindicaciones de las mujeres se tornan más y más agudas, fundadas y serias, en todos los ambientes, en todos los países, las mujeres toman conciencia precisamente de su calidad de persona humana, y piden que se las reconozca en las instituciones como seres humanos, con todos sus derechos, idénticos a los de los hombres. No se trata de una reivindicación de agresividad o de compensación, no se trata de escapar a sus deberes femeninos. Todo lo contrario. Se trata de fundarlos en la verdad. Entender esto es muy importante.

A menudo los hombres tienen mucho miedo de este movimiento femenino porque se sienten amenazados en su superioridad nativa, y eso los inquieta. Y también porque temen que les falte la femineidad, puesto que la necesitan, y piensan que diciéndonoslo nos rinden un homenaje. Por supuesto que les es indispensable. Pero de lo que se trata es de que esa femineidad sea asumida de una manera humana y reconocida como una modalidad humana, y que la mujer sea libremente femenina y no un objeto para el hombre.

Resumiendo, hoy la mujer reclama los mismos derechos fundamentales que el hombre y reclama también la posibilidad de asumir sus deberes y sus responsabilidades femeninas en una sociedad que no esté hecha enteramente para los hombres, lo cual les torna hoy sumamente difícil el cumplimiento de sus tareas femeninas.

Es necesario entonces que se les reconozca a las mujeres su condición de mujer sin que ello suprima sus derechos: ahí está el nudo *–sin que se les supriman sus derechos humanos.*

Después de todos estos largos preámbulos, llego por fin a nuestro problema: SER MUJER EN LA VIDA CONTEMPLATIVA.

Creo que fundamentalmente la cuestión no se plantea. Es decir que es la misma cosa para la mujer que para el hombre. Si se trata verdaderamente de vida contemplativa, no veo la diferencia entre la vida contemplativa de un hombre y la de una mujer.

Por otra parte, en la historia de la espiritualidad ha habido a menudo, si así puedo expresarme, de una manera un tanto irrespetuosa, “tandems”, “binomios” hombre-mujer. Pienso en san Juan de la Cruz y santa Teresa de Ávila, por ejemplo, o san Francisco de Asís y santa Clara, san Benito y santa Escolástica... Y es que existe, no digo una complementariedad -pues es palabra

muy peligrosa- sino una cooperación, en la cual el hombre sólo está completo precisamente en esta cooperación. Existe un aporte que, por otra parte, es indefinible. Cuando se dice: del lado del hombre está la autoridad, la inteligencia, el saber, etc...; del lado de la mujer, la dulzura, la sumisión, la ternura, tal vez..., pero... hay tantas excepciones como confirmaciones a esta regla. Hay mujeres extraordinariamente autoritarias... Así pues este “binomio” hombre-mujer actúa hasta en la vida contemplativa. Pero en el fondo evidentemente la vida es la misma. Que las modalidades de esta vida, su estilo, puedan ser diferentes es muy comprensible porque hay entre ambos variantes de orden biológico, fisiológico y tal vez psicológico. Aunque creo que no hay que dar un lugar demasiado grande a la psicología femenina, porque entonces se cae en una, serie de mitos o de clisés extremadamente perjudiciales.

La vida contemplativa es tratar de contemplar al Señor. ¿Cómo se la podría definir? ¡Ahora sí que voy a ser sumamente imprudente! Les voy a decir lo que yo veo en la vida contemplativa. Pero es evidente que yo hablo como hablaría un ciego de los colores. A mí parecer, ustedes viven o tratan de vivir precisamente *ESA* vocación fundamental, aquello por lo cual nosotros somos hechos. Esto me parece extremadamente grande y extremadamente peligroso, extremadamente arriesgado y al mismo tiempo absolutamente fundamental. Ustedes son, entre nosotros el signo de la *absolutes*, de la relación con Dios vivida en lo cotidiano. Esto es fundamental: *ustedes son un signo*, un signo a menudo *incomprensible* pero un signo que nos alcanza sin que sepamos cómo ni dónde, un signo que nos toca, que nos habla, que de algún modo nos llama.

Ustedes no son diferentes de nosotros y, a la vez, son diferentes, porque son un signo, un *shock* y un escándalo para nosotros. Nos decimos: “¿Cómo puede-ser? ¡Es imposible! ¡Es inhumano!” Y nos rebelamos. Pero, al mismo tiempo esta rebelión nos hace recapacitar.

Me parece pues, que esta vida contemplativa se inserta en *LAS* vocaciones. Es intermedia entre la vocación absoluta que ustedes expresan, que vuestra vocación expresa y al mismo tiempo es una vocación entre otras. Es un aspecto, es un reflejo de lo más fundamental.

Pero para que ustedes sean signo es menester que sean para nosotros el signo de nuestra totalidad. Es decir que no tengamos la impresión de que son menos que nosotros, sino que son más que nosotros. Es decir, que ustedes sean ante todo, fundamentalmente seres humanos y plenamente mujeres y aunque hayan renunciado -diría sobre todo porque han renunciado- a lo que constituye normal y biológicamente la vida de una mujer: la sexualidad, la maternidad. Es de desear que ustedes se acepten tal como son, sin mutilación de ninguna especie, con todo lo que son, inclusive vuestro cuerpo.

Es menester que nos conozcamos, que no nos mutilemos. Por ejemplo, la psicología contemporánea ha demostrado que tenemos necesidad de ver nuestra imagen. Tenemos necesidad de identificarnos: por consiguiente, es menester que nos podamos ver. Dicho de otro modo: la renuncia a nuestra femineidad en el sentido preciso del término no significa que cerremos los ojos a nuestra condición de mujer, que nos figuremos ser ya ángeles del cielo. Somos todavía mujeres en la tierra.

Nuestra, renuncia, para ser válida, ha de ser lúcida y libre. Si renunciamos en bloque a una serie de cosas que ignoramos, esas cosas os esperarán cualquier recodo, por decirlo así. Pienso que todas las mujeres, y especialmente las celibatarias, pasan por ciertas crisis, que es necesario conocer y ubicar en su verdadero plano para no subestimarlas ni tampoco sobreestimarlas. Si la vida contemplativa es una renuncia, un desierto, etc..., hay que estar allí libremente, es decir habiéndose asumido plenamente y no quedando en un status de menor o de persona no desarrollada. Y debe ser un testimonio de la libertad de elección. Los que se dan a Dios deben ser adultos, personas mayores. Vuestro renunciamiento es, a mí parecer, un renunciamiento de plenitud. Quienes no tienen vuestra vocación piensan que es una mutilación y, lamentablemente a veces, puede dar esa impresión.

Mutilación... Como una flor cuyo pimpollo no abre. Da pena ver un pimpollo que se pudre en la planta sin llegar a ser flor. Pues bien, *a fortiori*, un ser humano. Hay renunciamentos que parecen ser justamente renunciamentos de frustración. Hay renunciamentos que están fundados sobre psicologías truncadas, sobre psiquismos mutilados, que son por ejemplo, sistemas de autopunición.

Esto es evidentemente un contra testimonio. El testimonio verdadero es el de la *plenitud* humana ofrecida *en plenitud* a Dios con toda lucidez, *sabiendo*, lo que se hace, estando *pronta* a asumirlo en la medida de las propias fuerzas, que no creo las tengamos por nosotras mismas, sino contando con el Señor. Toca al Señor hacer todo eso, pero a condición de que nosotras pongamos lo que esté de nuestra parte. Es la colaboración de la libertad humana y de la libertad divina.

Dicho de otro modo, a menudo se tiene la impresión de que la vida que ustedes llevan es una especie de campeonato de desafíos a la naturaleza. Y si realmente fuere eso, no debería continuar. Pero no lo es. La vida religiosa cristiana es específicamente vida de *plenitud* y de *amor*. Creo que prima el amor. No el volverse sobre sí mismo para contemplarse en su propio campeonato de ascetismo. La humildad consiste en aceptarse tal como uno es, aunque luchando. Es complicado, pero ustedes saben estas cosas mejor que yo. Todo esto me lleva a algunas consideraciones finales que serán más bien peticiones que les quiero hacer.

Les acabo de decir que yo creo que ustedes son un signo para nosotros. Esta vida contemplativa debe ser un signo. Dicho de otro modo, me parecería horrible que alguien viviese esta vida contemplativa *para sí*, como una especie de goce superior, refinado, de Dios. Pienso que es exactamente lo contrario. Así que, vuestro cometido entre nosotros es ser signo de Dios, signo de omnipotencia de Dios que *puede* haceros vivir al revés -si puedo hablar así- de una manera *escandalosa*, cada vez más opuesta a nuestro modo de vivir. Signo de la omnipotencia de Dios que os permite vivir esa vida. Sólo por su gracia podéis vivirla.

Signo también de la realización escatológica del reino de Dios que ya está entre nosotros. El reino de Dios es a la vez el carácter radical del don y la caridad fraterna, la comunicación, la comunidad. Si ustedes se cierran sobre si mismas no nos dan el testimonio que necesitamos. Lo que es sorprendente es la apertura, la acogida, el don que ustedes nos hacen de lo que les es más personal -no en el plano de la confidencia, sino de lo que les es esencial.

La vida contemplativa no se nos debe aparecer cómo una especie de supervivencia de un pasado lejano. Y desgraciadamente, vuestros monasterios y conventos a menudo nos impresionan, a nosotros los laicos, como algo enteramente medieval. Nos parece que ustedes son prisioneras de quienes se desconfía; o bien que ustedes mismas se han encerrado, por desconfianza de nosotros; y que cortan toda comunicación con nosotros para llevar, a pesar de todo, una vida más cómoda que la nuestra. Ustedes gozan de ciertos lujos que nosotros no podemos darnos: y de los que estamos verdaderamente privados: el lujo del silencio, el lujo de la soledad, el lujo *inaudito* para una gran parte de seres humanos, de una cierta seguridad personal, seguridad económica -en fin, ya sé que ustedes tienen dificultades, por supuesto, pero yo les estoy describiendo lo que piensa la gente que no está detrás de las rejas de vuestros conventos. Nosotros vivimos en la inseguridad y ahora más que nunca. Somos llevados por un torbellino. Incomprensible por otra parte, en todos los planos a la vez, y estamos jadeantes porque ya no hay paz para nosotros. Cuando en la Misa se dice "Danos la paz", creo que debemos pedirla muy ardientemente porque no la tenemos.

Entonces, es menester que la paz que ustedes tienen no parezca un *lujo* para nosotros, sino un *regalo* que ustedes nos hacen, un signo. Yo no conozco cuáles son las modalidades prácticas, y no me compete, pero es un pedido que les hago, y un pedido muy instante. Lo que nos *impresiona* cuando entramos en vuestros monasterios, es precisamente esa paz. Pero esa paz no

debe ser para ustedes solas. Debe, primero, suscitar en nosotros una pregunta: “¿Dónde está nuestra paz? ¿Cómo la podemos realizar? ¿No tenemos que procurar un profundo cambio de nuestras vidas para insertar en ellas la paz?”.

Y después un pedido dirigido a ustedes: Que de alguna manera se ingenien para ofrecérsola cuando nos encontramos con ustedes y para dársola cuando se la pedimos. Una paz escandalosa, por supuesto. Pero no con el escándalo de un anacronismo en todo el sentido del término. Es menester que ustedes sean un signo actual, que se dirige a *nosotros tal* como somos ahora. Es muy difícil. Es menester que nosotros seamos interpelados por este escándalo de Cristo, *escándalo* de la Cruz, este escándalo de la penitencia, del silencio -encarado no ya como un lujo sino como una penitencia- pues no sabemos ya qué es el silencio. Vivimos en medio del ruido, del ruido de la calle, del ruido de la radio, del ruido de la música: y cuando hay chicos en la casa, todo el día entre discos, radio, portazos y gritería. Debéis pues hacernos encontrar nuevamente el sentido del silencio. Es escandaloso, pero es un escándalo que necesitamos. Es necesario que ustedes sean un escándalo, pero no un escándalo de anacronismo, un escándalo que nos interpele directamente.

Dicho de otro modo, hay que hablar el lenguaje que la gente comprende. Creo que todos, más o menos confusamente, perciben que hay una dimensión que a ellos les falta directa o indirectamente. Creo, pues, que hay que insertar los signos que hoy significan algo. Creo que hay que reconsiderar un cierto número de puntos.

No se trata en modo alguno de adaptarse a un mundo que abandona precisamente los valores de que ustedes dan testimonio. Ese es un error que hay que evitar en todas partes. No es una adaptación lo que hace falta sino un remodelaje *de lo esencial*. No se trata de *amoldarse* a sino *de hablar a*. Es otro asunto. No es cuestión de que de pronto nos dé el frenesí de hacer lo que hace todo el mundo que nos rodea. Sería absurdo. Porqué todo el mundo está saturado de radio y de televisión, ustedes no van a dejarse invadir por ellos. Es un asunto de sentido común y de inteligencia que debe proceder sobre todo de la conciencia muy profunda de lo esencial. Entonces los signos serán elocuentes.

Otra cosa muy importante. Debo decirles que yo misma, que tengo gran interés por la vida contemplativa y por la vida mística, cuando recibí los papeles tan bien hechos que prepararon esta sesión y abrí el mapa de los monasterios de Francia, quedé asombrada. ¡Qué cantidad! Por supuesto que conocía algunas comunidades grandes: grandes monasterios y conventos de benedictinas o carmelitas... pero ni idea de que fuesen tantas y diseminadas por todas partes... Y yo soy de algún modo una iniciada -¿qué será de las gentes que no lo son? Para la inmensa mayoría de la gente, pura y simplemente ustedes no existen, ni siquiera para sus vecinos. Bueno, eso me parece un poco penoso, hasta grave porque ¿cómo desempeñar vuestro papel de signo y de testimonio si la gente ignora vuestra existencia? Creo que es muy importante que vuestro testimonio no se limite para un, cierto núcleo del pueblo cristiano algo iniciado, sino que alcance *también a todos los demás*. Y les aseguro que los que no creen, se conmueven mucho más por el testimonio de la vida contemplativa cuando por casualidad entran en contacto con ella que por todos los otros testimonios. Al fin, todo el mundo, o casi todo el mundo, puede hacer lo demás. La vida contemplativa es la única cosa que el mundo actual ya no conoce.

Me parece, entonces que esto es capital. No sé cómo, pero es necesario que ustedes existan. Si quieren ser un signo, deben hacerlo patente. Que se pueda tomar contacto con lo que es vuestra oración, vuestra oración litúrgica, vuestra paz, vuestro silencio, el conjunto de vuestro testimonio, vuestra fraternidad, vuestra apertura, vuestra madurez, vuestra sencillez, vuestra pobreza.

Generalmente se tiene una imagen pavorosa de los monasterios de contemplativas. Porque la gente los conoce por medio de películas como “La Religiosa”. O bien por medio de reportajes que hacen mucho ruido y crean un ambiente de propaganda y de sensacionalismo: novelas de

folletín. Se imagina toda suerte de secretos espantosos, extraordinarios: las rejas, los velos, novela y novela barata. El secreto, las puertas cerradas... ¿qué pasa ahí dentro? Resulta muy misterioso. No se entiende. Que no se comprenda, en definitiva, es normal pero habría que no comprender lo que no es necesario comprender.

Les ruego me disculpen si me he salido mucho del tema. Pero he aprovechado la ocasión para decirles algo acerca de las reacciones del común de los mortales frente a vuestra vida. Tal vez como ustedes saben muy bien lo que son, no se imaginan que haya quien no lo sepa.

Entonces, para resumir, me parece que -puesto que vuestra vida tiene por eje lo esencial, lo más fundamental que hay en el hombre- sería menester que ustedes dieran testimonio de lo fundamental y de lo esencial. Eso es lo que importa. Todo el resto me parecen cuestiones de sentido común, de psicología.

En todas partes se habla de reformas. Y a menudo se toma la cosa por el extremo equivocado, es decir por el lado de lo que hay que reformar. Pero, es que antes hay que considerar en función de qué se quiere reformar, a qué se quiere llegar y qué es lo que uno se propone fundamentalmente. Vuestro papel es permanecer en lo esencial, por ustedes y por nosotros que vivimos siempre en lo no esencial, en lo pasajero, en lo caótico, en el ruido, en el desorden, en la improvisación. Actualmente tengo la impresión de que todo el mundo se arrastra. Ya no se camina. Se arrastra, se ensaya, se tantea en todas partes. Estoy asombrada. Ya no se sabe andar erguido. Resulta imposible. Se ha perdido la brújula. ¿Cuál brújula? Se la está buscando. Entonces, tener una brújula sería muy importante para nosotros... Y además, poder apoyarse en vuestra oración y en vuestra vida. Saber que ustedes están ahí. Saber que todavía hay gente cuya vida está consagrada a lo esencial, que expresan lo esencial, que lo viven a fondo dentro de lo posible. Creo que eso es una especie de respiración, de equilibrio que nos resulta absolutamente indispensable. Esa necesidad se siente muy hondamente, de manera poco explicitada, pero muy profunda.

Para terminar, una pequeña anécdota personal, que ilustrará tal vez lo que he querido decir.

El año pasado, tuve ocasión de hacer una breve visita con una de mis hijas a la abadía de La Pierre-qui-Vire. Mis hijas pertenecen a su generación, lo que equivale decir que están lejos, lejísimos de toda práctica y tal vez también de toda creencia religiosa, y absolutamente refractarias, alérgicas a todo lo que de cerca o de lejos parezca relacionado con la Iglesia. Alcanzamos el final de Vísperas. Ni una palabra. Al salir me atreví prudentemente a decirle: “¿Qué te parece?” Respuesta glacial: “Es totalmente anacrónico”. Silencio. “Pero es *absolutamente indispensable*”. Punto final. No hubo más comentario. Ya ven que, sin embargo, hay algo que de alguna manera llega.